LA DECLARACION DE MARGARITA Y LA CARABINA DE AMBROSIO

Gracias a la "Declaración de Margarita", acabamos de enterarnos de la "preocupación" de los mandatarios latinoamericanos por las evaluaciones, certificaciones y otras arbitrariedades de Estados Unidos en cuanto al tráfico de drogas y los derechos humanos, porque "violan normas y principios del Derecho Internacional y la soberanía de los Estados". Tras un súbito ataque de dignidad y de coraje, los mandatarios expresaron también su "enérgico rechazo" a la ley Helms-Burton y a otras acciones del Congreso estadounidense que cree tener jurisdicción mundial. Bueno, ahora por lo menos sabemos que nuestros grandes hombres están "preocupados", porque antes solo los veíamos acatar mansamente las insolencias de su amo.

Pero, ¿de qué nos sirve esta común "preocupación" presidencial? Una vez más, se ha puesto en evidencia la inútil pomposidad discursiva y declarativa de las tristemente célebres reuniones en la "cumbre", que se promueven con gran alharaca pero cuyos enormes costos nunca son divulgados. En efecto, aunque nuestros ilustres presidentes estuvieran tan genuina y profundamente angustiados que hayan perdido el sueño, Estados Unidos ya ni siquiera necesita enviar a los "marines" para hacerles marcar el paso, pues le basta con quitarles su padrinzago o negarles la visa de entrada si se atreven a sacar los pies del plato. De ahí que es frecuente ver a políticos tercermundistas formando colas en las embajadas, contritos, en busca de indulgencias.

Los ideales de paz, justicia y libertad, las mágicas recetas económicas, y las ideologías traídas de los pelos, han servido siempre como justificativos históricos de la rapacidad de naciones con ambiciones hegemónicas. Pero el Tío Sam, que después del derrumbe de la URSS ya no puede esgrimir las banderas de la lucha contra "el imperio del mal", ha inventado otras igualmente eficaces: la guerra contra las drogas y la defensa de los derechos humanos.

Pero no hace falta que los egregios líderes políticos nos reconozcan ciertos derechos universalmente reconocidos y que los poderosos (o sea ellos mismos) conculcan sistemáticamente, pues el hombre los asume por un instinto natural. Cuando una persona se siente oprimida por un poder abusivo, puede reaccionar como el célebre "unibomber" norteamericano, con un terrorismo desesperado, individual y aislado; pero la reacción puede también ser colectiva, reventando hasta provocar una revolución social. Así se han producido los grandes cambios sociales: la revolución cristiana, la revolución francesa, la revolución estadounidense, la independencia americana, la

revolución comunista, etc. tuvieron su principal motor en la necesidad de poner fin a la opresión.

Martín Lutero enfrentó al Papa León XII y prefirió la excomunión antes que abjurar de sus opiniones, asentando los principios de la libre determinación y de la rebelión contra el poder injusto. A fines del XVII, el inglés John Locke formuló uno de los principios básicos y menos conocidos del primitivo liberalismo: los ciudadanos no solo tienen el derecho de observar las leyes injustas, sino también el de cambiarlas, desobedecerlas, e inclusive rebelarse contra los gobernantes de un Estado opresor. Protestantismo y liberalismo coincidieron desde un principio en todo el mundo sajón, y luego en las colonias inglesas de Norte América. Hoy, estos valores forman parte esencial de la filosofía de vida y de la ideología política virtualmente en todo el mundo, aunque quienes más alharaca hacen al respecto siguen siendo los pueblos sajones.

Parecería entonces incongruente que sean justamente los pueblos sajones los que avasallan a diario los principios fundamentales de su doctrina religiosa y de su ideología liberal; pero la explicación es sencilla: hay un permanente conflicto entre el idealismo que proclaman esos pueblos y el utilitarismo que esta en su sangre y forma parte de su tradición. Muchos líderes británicos y norteamericanos han intentado vanamente conciliar ambos extremos, y han fracasado estrepitosamente. El ejemplo mas típico es el de Thomas Jefferson, libertador que se negó a liberar a sus propios esclavos, no obstante ser autor de la Declaración de la Independencia de Estados Unidos que desvinculó a la nueva nación del imperio británico justamente en nombre de la justicia y la libertad.

Los pueblos conciben sus ideales siguiendo inconscientemente mecanismos psicológicos y sociológicos de autojustificación que no siempre coinciden con sus necesidades y aspiraciones prácticas, pues aunque ambos procesos ocurran al mismo tiempo se dan en grupos diferentes y con distintos tintes. Los partidos políticos, las congregaciones religiosas, los grupos de interés, las élites intelectuales, los núcleos familiares y cada individuo en particular pueden compartir ciertos principios, valores e ideales; pero con distintos grados de autenticidad. El hecho es que hay grandes abismos en el pensamiento, el sentimiento, el discurso y la actitud de la sociedad en general.

En Estados Unidos, generación tras generación, el tiempo ha tejido un vistoso ropaje ideológico que la sociedad en su conjunto usa para aparentar una pulcritud que oculta actitudes culpables y sucias. Pero de nada serviría esa falsa personalidad que han fabricado para quedar bien con su conciencia y justificar sus trapacerías si los líderes tercermundistas tuvieran la dignidad y el coraje de actuar, y no simplemente de hablar.

El abuso y la prepotencia continuarán mientras nuestros líderes creen que cumplen su deber haciendo declaraciones como la de Margarita. Estas rutinarias declaraciones son como la Carabina de Ambrosio, que solo sirve para exhibirla ostentosamente colgada en la pared.

AUTOR: *Waldo Peña Cazas*, Periodista

Responsable de edición: [María Lohman](#)